

ESTUDIOS LITERARIOS Y ESTUDIOS CULTURALES EN AMÉRICA LATINA. REFLEXIONES PRELIMINARES*

Genara PULIDO TIRADO
(*Universidad de Jaén*)

En las últimas décadas del siglo XX hemos asistido a un cuestionamiento generalizado de distintas disciplinas humanísticas que han venido desempeñando una función importante para el conocimiento a lo largo de toda la modernidad, entre ellas la crítica y teoría literarias. América Latina no ha sido una excepción en este punto, aunque las polémicas surgidas en estos países tienen la especificidad que les otorga una historia distinta a la de los países occidentales que por lo general tomamos como punto

* Utilizo aquí el término América Latina y Latinoamérica por una cuestión geopolítica ya que con estos términos, de origen tan colonial como Hispanoamérica o Iberoamérica -no voy a entrar ahora en esta cuestión-, en las últimas décadas distintos críticos han aludido no sólo a la América hispana, o hispana y portuguesa, sino también al Caribe español, francés e inglés; en la actualidad deberíamos incluir igualmente las literaturas fronterizas de Estados Unidos (y sus respectivos discursos críticos y teóricos) ya estén escritas en español o en inglés.

de referencia. De algunas de esas polémicas me ocuparé en las páginas que siguen.

En 1989 Nelson Osorio hablaba de la generalización de una preocupación importante por el estatuto teórico y científico de los estudios de la literatura de Latinoamérica, tanto de la crítica como de la historiografía literaria. Estas reflexiones, ciertamente, no eran nuevas a finales de los ochenta ya que pueden detectarse consideraciones en este sentido desde los años cuarenta¹. Desde un punto de vista histórico la crítica literaria de y sobre América Latina está determinada por el deseo de constituirse en una disciplina de conocimiento, hecho especialmente evidente a partir de la segunda década del siglo pasado, cuando la crítica se libera de sus vínculos (en sentido decimonónico) con el periodismo y se empieza a integrar con la historia literaria para intentar alcanzar una perspectiva más comprensiva del fenómeno literario y obtener una dimensión más continental, esto es, de la literatura producida en el subcontinente americano.

Es, sin embargo, en el quinquenio que va de 1940 a 1945 en el que Osorio sitúa un avance decisivo:

Se consolida un momento importante y crucial en el proceso constitutivo de nuestra actual crítica literaria: logra alcanzar un importante nivel de autonomía como disciplina y muestra un alto grado de rigor, profesionalismo y madurez [...] Pero en estos mismos años, los años en que culmina, en cierto modo, la obra de los intelectuales que, nacidos a fines del siglo pasado, for-

¹ Una breve panorámica de críticos destacados (Mariátegui, Losada Guido, Henríquez Ureña, Fernández Retamar, Cornejo Polar...) que muestran sus inquietudes al respecto es la que nos ofrece Hugo Achugar (1978).

man las bases de la crítica como praxis contemporánea, empiezan a surgir también las primeras propuestas que muestran el surgimiento de una nueva etapa en el proceso. (Osorio, 1989: 289-90)

En efecto, junto a la crítica que se había basado en el estudio más o menos inmanente de la obra literaria, atendiendo sobre todo a sus estructuras formales y su lenguaje, surge una visión de la literatura como fenómeno histórico de enorme importancia en los años sesenta, pues no olvidemos que la Revolución Cubana, con sus repercusiones en las luchas continentales, se produce en 1959; es también el momento de entrada en la escena mundial de los países del llamado Tercer Mundo. En ese periodo se forma una generación de autores que va a cambiar el estatuto de la disciplina tras cuestionar profundamente la función del hecho literario. Tras todo ello se imponía:

Integrar el conocimiento de nuestra literatura al proceso de identificación integradora de los latinoamericanos. Hacer de los estudios literarios una disciplina de conocimiento, de producción de conocimientos nuevos, y colocar estos conocimientos al servicio de un proceso de identificación y de formación de una conciencia integradora, son tareas urgentes para dar respuesta a las actuales necesidades culturales de nuestra América. (Osorio, *op. cit.*: 294)

Esta propuesta, surgida desde un ámbito estrictamente literario, ignora que los cuestionamientos no pueden ser resueltos con *razonables soluciones* que, a falta de programas operativos, no son bien acogidas en un campo contaminado ya por la sospecha

misma que giraba en torno a su propia legitimidad. Nelson Osorio, profesor de la Universidad Central de Venezuela, es el ejemplo paradigmático de crítico anclado en la literaturidad como hecho determinante de lo literario y, por tanto, del acto crítico que, eso sí, puede ejercerse desde una perspectiva formalista o comprometida. Y este doble enfoque se considera legítimo porque tiene una amplia representación en Latinoamérica, esto es, Osorio no sólo se niega a reconocer y a tratar la problemática que envuelve a la crítica literaria de las últimas décadas del siglo XX, sino también a reconocer cualquier tipo de legitimidad a las corrientes teóricas que, basándose en la deconstrucción o en el postmodernismo, por poner dos casos significativos, han tenido una presencia importante en los países que tanto ama. La cuestión que subyace en esta postura es un latinoamericanismo (no formulado teóricamente, no definido en el ámbito de la problemática que rodea a este término) que hace ver al crítico dependencias imperialistas por doquier y le lleva además a ignorar que en una sociedad cada vez más global la circulación de influencias se produce en múltiples sentidos (aislar totalmente la actividad crítico literaria dentro de América Latina y creer que únicamente responde a las necesidades de desarrollo del subcontinente es, en verdad, un atrevimiento). En definitiva, lo que él cree que más interesa a estos países tal vez sólo tenga un interés histórico y carezca de la amplitud de miras necesaria para aprehender la difícil realidad de la literatura y las culturas latinoamericanas en la transición de milenios². Es por eso

² Esta actitud conservadora no ha impedido a Nelson Osorio estar al frente de uno de los proyectos más importantes y completos que se ha gestado en torno a la literatura latinoamericana, el *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina* (1995-98), que constituye una completa base de datos de gran utilidad.

que ignora el auge de la estilística en la línea que Amado Alonso practicara, recordemos que este crítico vivó su exilio en Argentina, donde creó escuela. Osorio ignora igualmente que a partir de los años setenta en los países de habla hispana y portuguesa se empiezan a introducir las corrientes que están cultivándose en Europa: psicoanálisis, estructuralismo, semiótica, estética de la recepción o deconstrucción³; aunque a veces como una *moda*, tal como ha anotado Sosnowski:

Con rigurosa seriedad, o con la menos notoria inclinación por lo lúdico o lo superficial, se publicaron numerosos estudios en que abundaba, según los vertiginosos años, las notas a pie de página citando a Barthes o Genette o Greimas o Kristeva o Todorov o Lacan o, más recientemente, Bajtine o Jameson, sin que la referencia impactara centralmente el análisis del texto pero que sirviera, sin embargo, como llamada de atención sobre el saber de la actualidad. Pero esas son las páginas que importan menos y que ceden el espacio que les corresponde a las lecturas críticas que *sí* utilizan el acceso teórico como vía hacia la descripción, el desmantelamiento y posterior recomposición efectiva de los textos literarios hispanoamericanos. Y es en éstos donde se reconoce el ansia por adquirir validez científica en las apreciaciones, por estar central y estratégicamente ubicado en la vanguardia de *LA* literatura, abandonando el constreñimiento de la especificidad latinoamericana. (Sosnowski, 1987: 147)

³ Sobre las corrientes teórico literarias que podemos encontrar en estos países a lo largo del siglo XX, sobre todo a partir de los años cuarenta, ver Rigoberto Gil Montoya (2000).

Unos cuantos años después, el veterano latinoamericanista de la Universidad de Pittsburg, John Beverly, afronta la cuestión sin ambages:

nuestra vocación, los estudios literarios, ¿es mortal? Y si lo es, ¿tiene un más allá o simplemente nos conduce a la nada? [...] Sabemos que lo que hacemos está, si no en quiebra, por lo menos en crisis. Hugo Achugar sugiere la imagen de “biblioteca en ruinas”, variante postmoderna del tópico borgesiano de la Biblioteca Babel. Sin embargo, hemos invertido tanto en ella para admitir el desastre y cambiar de posición, y evitar ser aplastados por el colapso del edificio. Queremos creer que todo sigue más o menos igual, que las reglas del juego son las mismas, aún cuando es evidente que no es así. (Beverly, 1995: 23)

En efecto, la crítica literaria latinoamericana tiene peculiaridades que no pueden ignorarse. La revolución que se produce en su seno en los años sesenta procede de un grupo de autores que no pertenecían a la academia ya que eran, a su vez, los escritores que estaban ocupando la escena literaria del momento: Borges, Cortázar, Vargas Llosa, Onetti, García Márquez... En lugar de reunirse en torno a departamentos universitarios lo hacían en torno a revistas, y frente al lenguaje hermético de la crítica académica su estilo era el de unos escritores que aspiraban a llegar a un público más amplio y transformar los hábitos de lectura. Pero esta situación va a cambiar en los años setenta, como apunta fielmente Jean Franco:

Los escritores ya no podían (como quería Carlos Fuentes), anunciar el porvenir. Al contrario, registran casi

unánimemente el desconcierto ante las transformaciones políticas, culturales y sociales. El tono apocalíptico predomina, y no era tanto por la instalación de gobiernos militares que, después de todo, ofrecían blancos de ataque sino mucho más, ante la perspectiva de un pluralismo que permitía todo y no ponía valor en nada. Durante mucho tiempo los escritores habían echado miradas escépticas hacia los “grandes relatos” del pasado –sobre el marxismo, sobre la nación, sobre las versiones teleológicas de la historia. Pero con el pluralismo, valor y evaluación no pueden residir necesariamente en la alta cultura. (Franco,1994-95: 13)⁴

A partir de ese momento no puede ignorarse ya el ámbito transnacional en el que toda sociedad tiene un punto de referencia obligado, y con el auge de un determinado neoliberalismo el auge

⁴ Este viraje en las directrices críticas no podía cambiar el impacto a nivel latinoamericano e internacional que había tenido este grupo de escritores-críticos. En principio, con la literatura del *boom* se eleva a canon un determinado tipo de narrativa que va a traspasar fronteras para dar lugar a la figura del que algunos críticos han llamado “escritor superestrella”. En el ámbito crítico se va a dar prioridad a la narrativa y a categorías como la de literatura fantástica destacando el realismo mágico o lo real maravilloso. Por otra parte, las obligaciones con su público eran notorias en estos escritores; en palabras de Sosnowski (*op. cit.*: 145): “Se trataba de un nuevo contrato social que se desplazaba de la intimidad de la lectura a las tarimas de las plazas y las conferencias. Dados los destinos que se debatían a diario y violentamente en el territorio latinoamericano, no puede ser casual que la discusión sobre el papel que debía jugar el intelectual consciente y responsable de su poder, pueda ser vista como una respuesta tajante a los embelesos parciales sustraídos de las preocupaciones post-estructuralistas sobre la supervivencia o muerte de la categoría de ‘autor’”.

del consumo, la ruptura total entre baja y alta cultura, el surgimiento de nuevas teorías críticas como el postestructuralismo, la deconstrucción o la teoría crítica feminista, la crisis del marxismo tradicional, el surgimiento de nuevos movimientos sociales, y un largo etcétera.

Esta profunda crisis ya había sido constatada desde la metrópolis por Hernán Vidal quien, al tiempo que señalaba el problema, ofrecía una solución:

[la] crítica literaria se encuentra en un momento crucial de su historia: la tradición de canonizar y privilegiar ciertos textos de la alta cultura oficial como instrumentos fundamentales en la creación de las identidades nacionales no tiene sentido frente a los efectos de una industria cultural. Ante eso, el único camino abierto para la renovación es que la crítica literaria... dé el paso definitivo de constituirse en y reconocerse como una crítica de la cultura. (Vidal, 1993: 37)

En efecto, Latinoamérica tiene una amplia tradición de estudios que se insertan en el ámbito de la crítica cultural. William Rowe (1994-95) estudia dos tradiciones de crítica cultural nacidas, respectivamente, en Argentina y Perú. En ambos casos se trata, sobre todo, de indagar en las viejas culturas de los países latinoamericanos en un intento de determinar la propia especificidad (y establecer, desde un ámbito propio, en qué pueda consistir su identidad), hecho que nunca ha dejado de preocupar en este ámbito geográfico y cultural por las razones de colonización y superposición de culturas que todos conocemos. Es lógico, por otra parte, que la dialéctica entre lo local y lo transnacional adquiera aquí una importancia muy destacada. Pero lo que resulta evidente

es que esos estudios de crítica cultural, aunque constituyen un sustrato importante que sigue actuando, no son siempre el tipo de estudios que se preconiza y se demanda desde el presente. La cultura se ha puesto de moda en todo el mundo occidental (y lo que conocemos del oriental), pero el objetivo no es ya únicamente el estudio de las culturas tradicionales que pueden contribuir a plasmar la identidad actual de una nación-estado (estudio que, por otra parte, siguen realizando disciplinas como la antropología o la etnografía). El mundo ha cambiado y, en consecuencia, la cultura y el estudio de la cultura no pueden permanecer en el pasado.

No es extraño, en este sentido, que uno de los más destacados estudiosos de la teoría crítica de la cultura en Latinoamérica, Néstor García Canclini, haya señalado dos procesos que determinan la desestabilización misma que afecta al concepto de cultura: la descolección y la desterritorialización. En efecto, ha pasado ya la época en la que tener una identidad era pertenecer a un país, una ciudad o un barrio, una entidad donde la identidad básica se compartía con aquellos que habitaban en ese lugar; en la época de la transnacionalización de las comunicaciones y las migraciones multidireccionales este modelo se muestra caduco y hay que recurrir a conceptos más operativos, como el de trasculturación que ofrece el mismo crítico afincado en México.

La cuestión es, en palabras de Rowe (*op. cit.*: 45), que “la necesidad de imaginar un nuevo estado, no basado en la modernidad etnocida, se encuentra con el problema de cómo combinar la pluralidad cultural con la racionalidad organizativa”. Y para responder a esta necesidad acuciante no disponemos ya de las viejas disciplinas académicas puesto que éstas también han sufrido el desplazamiento y la desterritorialización histórica de sus respectivos objetos de estudio, lo que ha desembocado en el cuestionamiento y la crisis.

A principios de la década de los noventa el mismo García Canclini se pregunta:

¿Por qué existen tantas disciplinas para estudiar la cultura? La hipótesis de partida de este texto es que la proliferación de tendencias es efecto de problemas no resueltos en la investigación, los cuales dificultan construir un modelo teórico y un conjunto coherente de estrategias de conocimientos ampliamente compartidos. Las divergencias también derivan de las condiciones sociopolíticas y las tradiciones institucionales separadas en que se practican las ciencias sociales. (García Canclini, 1991: 8)

Este autor nota como se van afianzando los estudios sociológicos de la cultura y los antropológicos sobre la modernización cultural en este ámbito. Consciente ya de formar parte de los estudios culturales, aunque sin negar la rica tradición cultural mexicana, Canclini ofrece una definición de cultura que pretende que sea operativa en tanto que su concepto goza de amplio consenso internacional: “la cultura como el *ámbito de producción, circulación y consumo de significaciones*” (*op. cit.*: 18). Pero el consenso no puede evitar que lo cultural se vea determinado por la reestructuración neoliberal que se estaba produciendo en las sociedades de Latinoamérica así como por la necesidad de articular lo tradicional y lo moderno en el ámbito cultural, hecho que da lugar al conocido concepto de culturas híbridas: “La tarea del investigador no puede ser elegir entre tradición y modernidad. Más bien se trata de entender por qué en América Latina somos esta mezcla de memorias heterogéneas e innovaciones trucas” (*op. cit.*:24)⁵.

⁵ México es una de los países latinoamericanos donde más se han practicado los estudios culturales en el sentido amplio que se les da en Latinoamérica. En

Carlos Rincón ha visto las derivaciones que han tenido los estudios culturales en este contexto marcado por los cambios:

La redefinición metodológica transdisciplinaria -el cambio de paradigmas- y el proceso de *Remapping culture*, para emplear la fórmula de Jean Franco, a que ha dado lugar, se han cumplido paralelamente a las recientes formulaciones culturales por parte de las ciencias sociales “duras” y de las ciencias de la comunicación y de los medios, cuando han intentado dar cuenta de las tensiones entre lo global y lo local. Estas teorizaciones

2003 José Manuel Valenzuela Arce ofrece una amplia recopilación de estudios a la que titula *Los estudios culturales en México*, en ella se reconoce la existencia de distintas teorías de la cultura: multiculturalismo, postmodernismo, poscolonialismo, estudios culturales y crónica. Desde esta perspectiva, la forma de abordar la problemática cultural es amplia, y así lo pone de manifiesto el editor en la presentación: “En este trabajo nos interesa problematizar la producción de saberes en el campo cultural e identificar el papel de los estudios culturales en las nuevas discusiones dentro de las ciencias sociales. No pretendemos entablar una discusión exhaustiva, sino reconstruir el papel de los estudios culturales desde puntos de vista que nos permitan interpretar algunos de los principales procesos socioculturales de México. A pesar de que muchos de estos trabajos se han realizado desde diversas perspectivas disciplinarias (especialmente la sociología, la antropología, la filosofía y la psicología), existe una rica tradición de crónica, ensayo y literatura que antecede a las miradas académicas disciplinarias que han legado importantes descripciones sobre nuestra viva cultura” (Valenzuela Arce, 2003: 13-14). Puede comprobarse que ya no se utiliza el sintagma “estudios culturales” como traducción de *cultural studies* sino como equivalente a estudios de la cultura. Es significativo que en 1994, con una correcta visión de futuro, Guillermo Bonfill Batalla crea el “Seminario de Estudios de la Cultura” con el objetivo de estudiar los procesos socioculturales mejicanos evitando con este nombre caer en la problemática etiqueta de origen anglosajón.

se concentran en los nuevos procesos de hibridación cultural en las márgenes de las culturas populares y de la erudita o en situaciones de frontera, sobre las dinámicas de desterritorialización [...], y en la oralidad secundaria de las nuevas culturas urbanas del subcontinente. En la doble perspectiva así bosquejada, propia de los Estudios culturales, la cultura resulta red de discursos sociales con función ordenadora y lucha por el poder interpretativo, a la vez que se produce una redefinición, en términos culturales, de la crítica. (Rincón, 1994-95: 8).

Y la primera consecuencia de esta redefinición es la irrupción de la problemática del canon literario⁶, problemática que el mismo crítico había tratado en una obra anterior (Rincón, 1978), pero también la necesidad de estudio de formas marginales y de carácter oral, la ubicación territorial de la enunciación crítica y la renovación epistemológica (ser capaces de revisar los viejos métodos y, en función de las nuevas necesidades de conocimiento, buscar nuevas formas de aprehender objetos de estudio complejos y cambiantes).

El cambio operado en América Latina a lo largo del siglo XX es realmente importante. La literatura a finales del siglo XIX y principios del XX cumple una función fundamental en la construcción de la esfera pública moderna. Surge la cuestión de la literatura nacional en torno a la cual se agrupan propuestas en relación a la identidad nacional, las políticas estatales sobre inmigración y minorías étnicas o distintos proyectos educativos. La literatura y

⁶ Sobre el canon en Latinoamérica se pueden ver distintos trabajos críticos en <http://www.monografias.com/trabajos13/canon/canon.sht>

la crítica literarias son también socialmente significativas en torno a la teoría y la práctica de la Revolución. No es extraño, en este sentido, que algunos autores atribuyan la crisis de esta práctica a la caída de la vanguardia política revolucionaria. No olvidemos que debates tan importantes como el que se estableció en torno al concepto de Barroco literario en América Latina ponen de manifiesto la centralidad de la práctica literaria en la escena social.

Será tras la caída de las dictaduras, y en plena transición democrática, cuando los estudios culturales tomarán el poder aprovechándose de hechos tan destacados como la aparición e implantación de los medios audiovisuales, populares, para las masas, medios portadores de discursos de recepción más cómoda. En este punto es significativo el olvido que la aldea global muestra en relación a los estudios culturales latinoamericanos que, no ajenos a la necesidad de promoción, han producido su propia etiqueta para el mercado transnacional, *Latin American Cultural Studies* (con su correspondiente asociación *Latin America Cultural Studies Association-LASA*, y su revista, *Travesía. A Journal of Latin American Cultural Studies*, publicada en Londres), etiqueta que, a pesar de los múltiples y reiterados intentos de marcar distancias en relación a la vieja y nueva metrópoli (Europa, con los *Cultural Studies* británicos, y Norteamérica, con los nuevos *cultural studies*), tiene una concreta razón de ser ya que en las universidades norteamericanas, sobre todo en torno a los Departamentos de Literatura Iberoamericana o de Lenguas Española y Portuguesa, los jóvenes latinoamericanos encuentran el apoyo y las oportunidades que no tienen en sus respectivos países de origen, por lo que la emigración se produce con mucha frecuencia. Sin embargo, vistos desde América Latina -aunque esta autora desarrolle su labor académica en Estados Unidos-, Alicia Ríos define los estudios culturales de forma más amplia y cabal:

Los Estudios Culturales Latinoamericanos podrían definirse, muy grosso *modo*, como un campo de estudios configurado dentro de la tradición crítica latinoamericana (el ensayo de ideas –lo que Julio Ramos ha llamado el “ensayo humanista o secular”–, la teoría de la dependencia y la teología de la liberación), que se mantiene en diálogo constante, muchas veces conflictivo, con las escuelas de pensamiento europeas y norteamericanas (los “Cultural Studies”, en sus dos vertientes –inglesa y norteamericana–, el estructuralismo francés, las filosofías posestructuralistas y posmodernas, la sociología de la cultura, la Escuela de Frankfurt, la semiótica, el feminismo y el marxismo). (Ríos, 2002: 1)

Haciendo un balance provisional, las consecuencias negativas de la irrupción de los estudios culturales para los estudios literarios son, entre otras, las que se derivan de los siguientes planteamientos:

- 1) Consideración de la literatura como una manifestación de la alta cultura o cultura de élite que ha gozado de enormes privilegios a lo largo de los siglos y que debe dar paso en este momento histórico a la baja cultura, esto es, cultura popular y sobre todo cultura de masas.
- 2) El discurso crítico literario, ligado a este concepto de lo literario, ha estado imbricado con el poder político y académico y, en consecuencia, no ha sabido o no ha querido ver los fenómenos que deben pasar a un primer lugar dentro de la jerarquía de conocimientos de nuestra época, fenómenos que serían los que nos definirían a nosotros mismos y a nuestro tiempo.
- 3) La crítica y teoría literarias no son viables desde un punto de vista epistemológico porque, o bien se centran en métodos

obsoletos del pasado (estructuralismo, historiografía literaria, etc.), o bien en corrientes de procedencia imperialista, ya sea Europa (postestructuralismo, desconstrucción, etc.) o Estados Unidos (postmodernismo, comparatística, etc.)⁷.

Lo que se ignora es que frente a los estudios literarios tradicionales existen otros estudios literarios que en modo alguno pasan por alto toda la problemática social, histórica e ideológica que surge en las últimas décadas del siglo XX, cuando la irrupción de una nueva matriz histórica (ya se llame postmodernidad, era del conocimiento, época del capitalismo avanzado, sociedad digital o de otra forma, no vamos a entrar ahora en problemas terminológicos) es ya incuestionable. Los estudios literarios siempre han sido hijos de su propio tiempo, y el diálogo ha estado abierto durante todo el siglo XX: con la lingüística, el estructuralismo, el psicoanálisis, la historia, la sociología, la filosofía..., y la cultura. Porque también en Europa existe una amplia tradición de teoría y crítica cultural (a la que he aludido en otro lugar, v. Pulido, 2003) que no puede ignorarse aun cuando la hegemonía en los medios académicos se atribuya siempre a los estudios culturales, primero británicos y luego norteamericanos y australianos principalmente. En contra de las valoraciones de los antólogos de turno, si valoramos la ausencia de estudios culturales en Europa

⁷ Y no voy a entrar en el inestimable servicio que están haciendo los estudios culturales norteamericanos a la derecha y a su promoción de lo políticamente correcto a la par que se institucionalizan y, en la universidad, ponen de manifiesto su enorme rentabilidad ideológica y académica. Sobre ésta y otras cuestiones vinculadas al texto paradigmático de los *cultural studies* norteamericanos, la antología publicada por L. Grossberg, C. Nelson y A. Trichler (1992), erige su visión crítica Jameson (1996).

occidental (con la excepción ya citada de Gran Bretaña en donde, por otra parte, no nacen ni se desarrollan en contra de la literatura ni frente a ella, baste con recordar el nombre de uno de sus más importantes representantes, Raymond Williams) a la luz de las corrientes de crítica de la cultura que han convivido en perfecta armonía con estudios literarios de distinto signo, entendemos que no se haya sentido la necesidad de crear o practicar unos estudios culturales al estilo norteamericano porque para nosotros estudiar la cultura popular y la cultura de masas no es incompatible con el estudio de la literatura, pues en ambos casos nos encontramos con productos históricos que, aunque se manifiestan con distinta indumentaria, son complementarios y responden a una misma realidad a cuya complejidad no nos podemos acercar mediante el método de la eliminación. Por otro lado, corrientes como la semiótica de la cultura tienen una envergadura especial en este punto, y no todos los autores latinoamericanos lo ignoran, baste como botón de muestra la obra de Manuel Alcides Jofré titulada de forma muy significativa *Tentando vías: semiótica, estudios culturales y teoría de la literatura* (1995). En ella el autor se manifiesta con claridad:

Hoy en día el ejercicio literario es un fenómeno no sólo posible de ser analizado a partir de diferentes metodologías sino que también puede ser entendido como parte de grandes estrategias culturales que dinámicamente tienen lugar en toda sociedad. Como una práctica de las relaciones sociales, la literatura y su estudio no puede ser aislada de su contexto cultural porque la literatura constituye epistemas, crea visiones de mundo y expresa formas culturales; todo esto, mientras asume una estructura comunicativa en su funcionamiento. Así,

comunicación, cultura, educación y estética son áreas de la vida humana que están vinculadas al fenómeno literario y a su teorización. (Jofré, 1995: 6)⁸

Si el trasfondo histórico de toda la problemática que estamos tratando aquí es la revolución tecnológica que da lugar a la sociedad actual, este hecho se traduce, en nuestro campo, en un problema en torno a los valores. Beatriz Sarlo, representante de los estudios culturales en Argentina, y denostada por sus compañeros en tanto que no ha dudado en poner de manifiesto sus deudas con la Escuela de Frankfurt o Louis Althusser, ha apuntado directamente al centro de la cuestión:

El lugar de la literatura está cambiando. La popularidad creciente de los estudios culturales, que dan trabajo a cientos de críticos literarios reciclados, es una respuesta a estos cambios. Sin embargo hay algo que la crítica

⁸ La labor desempeñada por Desiderio Navarro es fundamental (ver, al respecto, el n^o 2 de la revista *Entretextos. Revista Electrónica Semestral de Estudios de la Cultura*, de la Universidad de Granada: <http://www.ugr.es/~mcaceres/entretextos.htm>). La semiótica ha tenido y sigue teniendo una presencia importante en los países latinoamericanos. La Federación Latinoamericana de Semiótica (<http://www.fels.50g.com>) y la revista *deSignisonline* de la citada federación (www.designisfels.net/fels.htm) dan buena muestra de ello. La importancia que se ha dado a la cultura popular y a los medios de comunicación de masas explica en buena medida este interés; la semiótica, por su parte, ha mantenido una actitud dialogante y abierta, como se desprende del editorial del n^o 6 de *deSignisonline* escrito por Lucrecia Escudero Chauvel “Dos disciplinas de la modernidad”, donde afirma, sin ningún problema ni afán de debate, lo siguiente: “Una hipótesis: la irrupción casi simultánea de los estudios culturales y de los semióticos son una respuesta para dar cuenta de los nuevos objetos que nos ofrece la modernidad de la segunda parte del siglo XX”.

literaria no puede distribuir blandamente entre otras disciplinas. Se trata de la cuestión de los valores estéticos, de las cualidades específicas del texto literario. (Sarlo, 1997: 32)

En efecto, sin pretender negar la legitimidad de estudio de una telenovela o de la cultura de una tribu urbana en tanto que significativo de una realidad social y de una determinada época histórica, ¿puede situarse este estudio a la altura de otro que tiene por objeto la obra de Borges?, ¿qué relación debemos establecer entre la telenovela y la cultura urbana con la narrativa de un escritor universal?. En una sociedad de consumo la autoridad cultural de la literatura viene en gran medida determinada por el uso que hacen de ella sus consumidores y, aunque se escribe, se escribe mucho, la gran masa de consumidores no está con la literatura. Y ello por razones evidentes: la literatura ya no es un modelo o práctica que conforme la identidad nacional; es en la Revolución cubana, cuando literatura y compromiso van íntimamente ligados, cuando surge la idea de que la transculturación estaba conectando con la ideología cultural del mestizaje, más amplia, que podía servir de base a la identidad latinoamericana. No olvidemos que Ángel Rama, en *La ciudad letrada* (1984), pone de manifiesto que la literatura es una práctica constitutiva de las élites, lo que sin duda tiene efectos devastadores sobre una población de bajo nivel cultural -cuando no analfabeta- que, tras el proceso de democratización que sigue a la caída de las dictaduras, reivindica un lugar propio en el poder y el saber de unos países en los que las desigualdades y las injusticias económicas, políticas e históricas no parecen dar más que ocasionales respiros.

A pesar de lo impopular de esta postura, existen autores que no dudan en seguir reivindicando el ideal de ciudadano letrado

como Beatriz Sarlo. Otros autores realizan apuestas de compromiso, como es el caso de John Beverly, teórico de la ya llamada literatura testimonial⁹, quien, frente a los estudios culturales, propone como alternativa “problematizar la literatura en el mismo acto de escribirla y enseñarla dentro de su estamento” (Beverly, 1995: 38), propuesta insuficiente ya que allí donde se establecen los estudios culturales se deja progresivamente de enseñar literatura y, situada ésta al margen de un lector potencial de amplio espectro, los escritores escriben para una minoría sumamente cualificada que, en muchas ocasiones, forma parte del circuito literario más estricto: los mismos escritores, críticos, teóricos, etc. Como ha estudiado Beatriz Sarlo, el final del siglo XX ha asistido a una desterritorialización cultural que ha impulsado las representaciones particularistas frente a la razón universal y unificadora de la modernidad –la retórica del particularismo se hace patente en distintos discursos postmodernos, entre ellos los estudios culturales, donde ocupa un lugar destacado. La crisis del final de siglo se traduce, a juicio de esta autora en:

La crisis de las ideas de cambio como progreso que modifica la sociedad en todos sus puntos comprometiendo la acción y el destino de la mayor parte de sus miembros (la crisis de la idea «total» de cambio; la crisis de las vanguardias y de los valores estéticos de la modernidad

⁹ Aunque John Beverly sea hoy el teórico y crítico más destacado de la literatura testimonial (ver Beverly y Achugar, 1992), no es el primero en llamar la atención sobre esta variedad discursiva. En 1978 Carlos Rincón hablaba de “la llamada subliteratura” y del cambio que la narrativa testimonial estaba produciendo en la noción de literatura en Latinoamérica (Rincón, 1978: 161 y ss.).

y, con ella, la de una continuidad cultural conflictiva; la crisis de la figura clásica del intelectual, que sigue a la reestructuración de las relaciones entre niveles culturales a partir de la organización massmediática de la dimensión simbólica. (Sarlo,1993: 2)¹⁰

La debilitación del principio de legitimidad y universalidad del juicio intelectual no sólo tiene repercusiones en el ámbito político, sino también en el estético en el que el particularismo conduce a una crisis de la representación en tanto que cada grupo habla por sí mismo y no hay voluntad de emprender ningún proyecto en pro de los intereses generales. Este particularismo encuentra un lugar óptimo de acomodo en la cultura de los medios de comunicación de masas que ya ocupa un lugar importante en la cultura popular, pero esta cultura no parece haberse hecho aún con una estética que pueda competir con la vanguardista. Es en este sentido, basándose en el que el silencio o complicidad de los en otros tiempos intelectuales críticos, habla Beatriz Sarlo de neopopulismo intelectual.

La literatura, sin embargo, no puede diluirse o perderse en la cultura de masas porque ahora más que nunca se ha constituido en una práctica que exige una elevada formación (literaria y cultural) tanto al emisor como al receptor, y que no se confunde con otras (el fenómeno de los *best-sellers*, tan típicamente norteamericano, es un caso aparte en el que no vamos a entrar aquí). Lo que parece en todo punto imposible es querer que la literatura tenga la popularidad de un programa de televisión de gran audiencia. La cuestión es cómo lograr que convivan ambos

¹⁰ Sobre la polémica entre Beatriz Sarlo y Horacio González sobre la función del intelectual, muy significativa de esta época, ver Nelly Richard (2000).

tipos de estudios: los culturales y los literarios, y que lo hagan además con coherencia, siendo conscientes de su función social y sus respectivos objetos de conocimiento. El peligro surge del que ahora se muestra discurso (aunque plural, fragmentado e indefinido en muchos casos) dominante: los estudios culturales; esta situación permite a sus cultivadores tomar la academia a la par que desplazar de esa misma academia a los estudios literarios, hecho de consecuencias insospechadas para el futuro de la literatura ya que sin una formación de los lectores desde edad temprana el círculo se irá reduciendo cada vez más.

Sin embargo, con la llegada del nuevo milenio en los países latinoamericanos el estudio de la cultura ha ido agrupándose en torno a unos ejes concretos que han colocado en segundo lugar el marbete de “estudios culturales”. En el año 2000 Isabel Moraña todavía habla del desafío de los estudios culturales en un volumen colectivo que recoge las ponencias presentadas al Simposio Internacional que tuvo lugar en el Universidad de Pittsburgh en 1998, junto a otros trabajos realizados por encargo e incluidos después. Moraña reconoce en la “Introducción” a la obra la variedad temática y metodológica que atribuye a los cruces transdisciplinarios que se daban en ese momento en este campo de estudios, campo que no es otro que el de la “crítica de la cultura dentro del campo latinoamericano” (Moraña, 2000:11), aludir después a los estudios culturales y citar a Stuart Hall o Raymond Williams no era necesario por cuanto los trabajos que recoge la obra se producen en otro momento y en otra época; plantean, además, problemas que se inscriben en una tradición determinada y sólida como es la del estudio de la cultura popular en América, problemas que se abordan desde el ámbito de la globalización que empieza a verse como un fenómeno que, con su marcado carácter neoliberal, lo está determinando todo.

Del 6 al 9 de septiembre de 2001 se celebra también en Pittsburgh, en el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, el XXIII Congreso Internacional de la *Latin American Studies Association* (LASA). La misma Mabel Moraña, directora de publicaciones de la *Revista Iberoamericana*, hace posible la publicación de las Actas del encuentro en un número monográfico de 2003 coordinado por Alicia Ríos, Ana del Sarto y Abril Trigo que recibió el título “Los estudios culturales latinoamericanos hacia el siglo XXI”. Celebrado el Congreso en Estados Unidos y pocos días antes del atentado contra el World Trade Center, en la publicación del 2003 se deja entrever la preocupación por las consecuencias que en el ámbito cultural se sabe que va a tener aquel atentado, sobre todo el control y la represión cultural. Pero en lo que se refiere a los estudios culturales, el mismo encuentro había estado estructurado en torno a ejes temáticos que ponían de manifiesto las dificultades y sospechas que recaían sobre este ámbito de estudio ya en el siglo XXI. La primera mesa llevó el título “Los estudios culturales latinoamericanos: tradición y ruptura”, y estuvo formada por Jesús Martín Barbero, Silviano Santiago, Carlos Monsiváis, Julio Ramos y Mabel Moraña. La segunda mesa, dedicada a “Los estudios culturales latinoamericanos: ¿institucionalización académica y/o intervención política?”, contó con la presencia de Jean Franco, Renato Ortiz, Alberto Moreiras, George Yúdice y Román de la Campa. El volumen, en el que se incluyen también las intervenciones de autores tan representativos como John Beverly, Walter Mignolo, Daniel Mato o Marc Zimmerman, pone de manifiesto la trayectoria histórica de los llamados estudios culturales latinoamericanos en los ochenta y en los noventa, su relación con los *cultural studies* norteamericanos y su situación en el momento en que se impone la globalización: “cierta implosión del campo por saturación metateórica y metacrítica, lo que explicaría el actual

sentimiento generalizado de incertidumbres, fatiga y desorientación”, como diagnostican certeramente los coordinadores (Trigo, Sartro y Ríos, 2003: 327). En efecto, el campo se estaba reconfigurando en ese momento, si no lo había hecho ya, pero nada dramático se escondía tras este hecho, sólo una evolución que ha desembocado en la constitución de otros campos de estudio que gozan de mayor coherencia teórica y epistemológica.

En este marco hay que hablar, en primer lugar, de los estudios subalternos ya que en 1994 John Beverly y otros colegas lanzan el “Manifiesto inaugural” del que llaman Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, que presenta sus objetivos con suma claridad:

El trabajo del Grupo de Estudios Subalternos, una organización interdisciplinaria de intelectuales sudasiáticos dirigida por Ranajit Guha, nos ha inspirado a fundar un proyecto similar dedicado al estudio del subalterno en América Latina. El actual desmantelamiento de los regímenes autoritarios en Latinoamérica, el final del comunismo y el consecuente desplazamiento de los proyectos revolucionarios, los procesos de redemocratización, las nuevas disciplinas dinámicas creadas por el efecto de los *mass media* y el nuevo orden económico transnacional: todos éstos son procesos que invitan a buscar nuevas formas de pensar y actuar políticamente. A su vez, la redefinición de las esferas política y cultural en América Latina durante los años recientes ha llevado a varios intelectuales de la región a revisar algunas epistemologías previamente establecidas en las ciencias sociales y las humanidades. La tendencia general hacia la democratización otorga prioridad a una reconceptualiza-

ción del pluralismo y las condiciones de subalternidad al interior de sociedad plurales. (Grupo Latinoamericana de Estudios Subalternos, 1994: 85)

El Grupo se disuelve oficialmente en 2001, pero los estudios subalternos siguen practicándose. Ese mismo año un destacado miembro del grupo disuelto, Ileana Rodríguez, publica, en editoriales de gran alcance, dos obras fundamentales: *Convergencia de tiempos: estudios subalternos/ contextos latinoamericanos*, en el que intervienen representantes de los estudios subalternos latinoamericanos junto a representantes de la escuela asiática, y *The Latin American Subaltern Studies Reader*, estudio de conjunto de gran interés teórico y práctico. John Beverly ha recordado que en un primer momento el Grupo surge como deseo de constituir un suplemento del proyecto más amplio de formar el campo de los estudios culturales latinoamericanos, pero pronto mostró discrepancias con éstos ya que al centrarse en la subalternidad como categoría de análisis dejó de lado otras preocupaciones típicas de estos estudios.

El mismo John Beverly ve que en ese momento (2001) la corriente que se encuentra en pleno ascenso es la de los estudios postcoloniales, cuyo representante más destacado, Walter D. Mignolo, perteneció al Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericanos, aunque siempre tuvo un proyecto propio del que hoy tenemos un magnífico ejemplo en la obra extensa y completa *Historias locales / diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo* (2000). En época de enfrentamientos encarnizados y debates estériles Walter Mignolo ha sido el intelectual transversal de toda la problemática en lo relativo a las cuestiones que se han planteado en torno a América Latina. Formado en el racionalismo teórico literario de la modernidad,

ha sabido evolucionar al tiempo que sus conocimientos de teoría crítica, historia y cultura se daban la mano en la gestación de un proyecto lleno de lucidez y coherencia¹¹.

Mignolo es consciente de que los estudios culturales llenan el hueco dejado por las humanidades tras la pérdida de terreno que experimentan después de la Segunda Guerra Mundial centrándose en distintos ámbitos del pensamiento postmoderno y de los estudios étnicos y de género. Pero en el año 2000 también Mignolo muestra su sospecha hacia los estudios culturales y pone de manifiesto la necesidad de que en la universidad las humanidades se articulen en torno a una crítica del conocimiento y de las prácticas culturales¹². El objetivo de su obra es:

¹¹ El mismo Mignolo ha trazado del mapa de las distintas tendencias que pueden encontrarse en Latinoamérica situándose él mismo en varias, a pesar de lo cual reconoce la importancia de todas: “En cuanto a América Latina, los proyectos encarnados son los que menciono. Teoría de la dependencia, filosofía de la liberación, colonialismo interno en la década de los 60 como en su continuidad actual traducida a colonialidad del poder (Quijano), transmodernidad y crítica al Eurocentrismo (Dussel), colonialismo interno, alternativas a la modernidad epistémica, estudios de género y raza (Rivera, Cusicanqui, Rossana, Barragán), geopolítica del conocimiento (Mignolo, Palermo, Walsh, Castro-Gómez, Guardiola, Lander), colonialidad del saber (Lander, Quijano, Mignolo), geopolítica del conocimiento, colonialidad, migraciones (Grosfoguel), modernidades subalternas y críticas al globalcentrismo (Coroni, Quijano, Dussel), etc. Estos proyectos, además, están en diálogo con los proyectos en marcha en Estados Unidos en algunos sectores de los estudios chicanos (Saldívar). Pero quizás lo que más importa es que en todos estos proyectos el horizonte último no es el que prometen las modernidades alternativas sino, como lo argumenta Escobar, el de las posibilidades de *alternativas a la modernidad* en la que están ya involucrados movimientos sociales y proyectos intelectuales concurrentes” (2003: 410-411).

¹² Esta sospecha es expuesta de forma rotunda en 2003, cuando señala las razones administrativas que respaldan los estudios culturales en Estados Unidos: una,

Bosquejar “un paradigma otro” de pensamiento crítico, analítico y utopístico que contribuya a construir espacios de esperanzas en un mundo en el que prima la pérdida de sentido común, el egotismo ciego, los fundamentalismos religiosos y seculares, el pensamiento crítico que piensa los conceptos y olvida la razón para la cual los conceptos fueron inventados...(Mignolo, 2000: 19)

Es tras el análisis del pensamiento fronterizo, el colonialismo, el occidentalismo y la subalternidad, con distintas manifestaciones de éstos en movimientos sociales, cuando la propuesta se conforma desde un punto de vista teórico:

económica, ya que los estudios culturales, al presuponer interdisciplinariedad, presuponen también que una persona puede ocupar puestos en dos departamentos universitarios; otra, política, los profesores e investigadores universitarios que se inscriben en esta línea contribuyen a abrir departamentos y revisar departamentos y programas obsoletos dominados por profesores e investigadores apegados a las normas disciplinarias con lo que se construye un argumento de reforma y apertura interdisciplinarias. El aspecto institucional, administrativo y político contrasta con el aspecto intelectual, en el que no se ve muy clara la necesidad de institucionalización de los estudios culturales para que surjan proyectos realmente innovadores y de gran interés intelectual. En lo que se refiere a los estudios culturales en Latinoamérica, éstos no pueden ser, a juicio de Mignolo, los mismos que se practican en Gran Bretaña o Estados Unidos ya que ello supondría que los estudios literarios son geopolíticamente neutros y da igual el lugar donde se practique: “*En última instancia, los proyectos intelectuales asociados a los Estudios Culturales en América Latina deberán, al menos durante las próximas décadas, partir de la colonialidad del poder como denuncia y crítica del racismo epistémico de la modernidad.* El espacio institucional es importante, claro, pero subsidiario en relación a los proyectos intelectuales. No es un fin, sino un medio. El problema se presenta cuando invertimos los términos y pensamos que los ‘estudios culturales’ son un fin y no un medio” (Mignolo, 2003: 414; la cursiva es de W.M.).

Estos proyectos forman un paradigma otro porque tienen en común la perspectiva y la crítica a la modernidad desde la colonialidad; esto es, no ya la modernidad reflejada a sí misma en el espejo, preocupada por los horrores del colonialismo, sino vista por la colonialidad que la mira reflejarse en el espejo. El paradigma otro no es, no puede ser, reducido a la hegemonía de la postmodernidad o del proyecto postmoderno puesto que en ambos casos el paradigma otro es reducido a silencio, como lo fueron otras formas de pensamiento durante quinientos años de colonialidad / modernidad. (op. cit.: 27; la cursiva es de W.M.)¹³

En definitiva, parece llegado el momento de desmontar la colonialidad del poder y desenmascarar las que se presentan como diferencias culturales que no son más que diferencias de poder. Y Mignolo posee los instrumentos y la formación necesarios para realizar esta tarea.

En el mismo Congreso de la LASA Daniel Mato expone un proyecto que no puedo dejar de citar aquí por la coherencia que

¹³ C. Chaves Tesser no ha dudado en hablar de cambio de paradigmas utilizando este término en el sentido que le diera Kuhn, hecho que no preocupa a esta autora ya que partiendo de la idea de que la cultura occidental es dinámica asume el cambio como elemento integrante de ella, sin ningún tipo de trauma. En lo que se refiere a la teoría, su posición no es nada apocalíptica ni inmovilista: “La teoría puede darnos una base para los estudios, pero como nos advierte Roger Webster en *Studying Literary Theory* (1990), debemos tener cuidado en no caer en la trampa de la teoría; es decir, en no pretender encontrar ‘otras verdades’ con la pretensión de que se vayan a aceptar sin desafíos críticos” (Chaves Tesser, 1999: 3).

encierra en el marco que estamos tratando. Mato realiza una crítica fundamentada de los llamados estudios culturales latinoamericanos basándose en su carácter metropolitano (anglo-norteamericano) y su olvido de la especificidad de América Latina, en la institucionalización transnacional que determina su contenido y sus prácticas al tiempo que fija su propio canon. Desde esta óptica los estudios culturales latinoamericanos no serían más que una traducción de los *cultural studies* aun cuando algunos de los que se consideran representantes más destacados (como García Canclini o Martín-Barbero) sean traducidos al inglés y leídos en Estados Unidos. En este punto la propuesta es clara:

En vista de lo expuesto, pienso que resulta política, ética y epistemológicamente conveniente visualizar la existencia en América Latina del amplio *Campo de Prácticas Intelectuales en Cultura y Poder* al cual se ha venido a incorporar la idea de los “Estudios Culturales”. Es importante destacar que este campo es amplio no sólo porque comprende las prácticas que se desarrollan en medios universitarios y consecuentemente la producción de “estudios”; incluye además otros tipos de prácticas con componentes analíticos reflexivos y producción de saberes, los cuales se dan en el marco de diversos movimientos sociales (por ejemplo: feminista, indígena, afrolatinoamericano, de derechos humanos), “las artes”, la formulación de políticas, etc. (Mato, 2003: 395)

Este proyecto ha mostrado su viabilidad y coherencia en el amplio volumen encabezado por Daniel Mato, *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder* (2002), en el que intervienen treinta y dos críticos, miembros del Gru-

po de Trabajo “Cultura y Poder” o afines a este Grupo, antes llamado “Cultura y Transformaciones Sociales en Tiempos de Globalización”, que pertenece al Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). La presencia de Walter Mignolo y Nelly Richards no sorprende por cuanto son intelectuales críticos abiertos a propuestas inteligentes que en modo alguno se dan por aludidos por el ataque frontal que realiza Mato a los estudios culturales en los que ellos mismos han sido incluidos en más de una ocasión. Los estudios latinoamericanos en cultura y poder surgen para reivindicar desde Latinoamericana una pluralidad de prácticas culturales que encuentran su especificidad en lo popular y en lo latinoamericano:

Así, la idea de “estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas “ que aquí pretendo destacar sólo señala la conciencia de que estos estudios y otras prácticas intelectuales de un modo u otro están marcados por los contextos sociales en los cuales han sido producidos o se desarrollan, y que éstos forman parte de esa región del mundo que convenimos en llamar “América Latina”. Y convenimos en llamarla así aun cuando –al menos algunos- tenemos conciencia de que alberga a numerosos y significativos grupos de población que poco o nada tienen de “latinos”, como los pueblos indígenas de la región, o los descendientes de los antiguos esclavos africanos, o los migrantes no-latinos provenientes de todo el globo pero en especial de algunos países de Europa, Asia y Oriente Medio. Y que incluso aún convenimos en llamarla así cuando -no pocos- tenemos conciencia de la existencia de grupos de población como los de los chicanos, o los de los puertorriqueños que habitan

(o incluso han nacido) en Estados Unidos, o los de los muchos que han emigrado a ese país, o a España, o a otros países (Mato, 2002: 21-22).

Situados los estudios críticos y teóricos en su lugar y en sus respectivos proyectos disciplinarios e intelectuales, cabe preguntarse por el lugar de los estudios literarios. Éstos no pueden ignorar el profundo cambio operado en el concepto de lo literario en Latinoamérica por las peculiaridades históricas propias del subcontinente americano y por el debate que durante décadas se ha estado librando en torno a los estudios culturales en este marco y en relación a los *cultural studies* británicos y norteamericanos. El hecho fundamental que no debe olvidarse es la profunda transformación sufrida por el canon, la cual se traduce en el derribo de las rígidas fronteras que con anterioridad rodeaban distintas áreas lingüísticas, literarias y culturales a las que ahora hay que acercarse con pleno conocimiento de que no constituyen entidades homogéneas de fácil conceptualización; los estudios literarios deben acercarse a las distintas prácticas discursivas que se producen en nuestra sociedad analizándolas en tanto que tales prácticas y no discriminándolas previamente en función de una supuesta (y problemática) literaridad; los estudiosos de la literatura participan en la cultura de la que forman parte, bien sea para reconocer su importancia y las influencias de ésta sobre la literatura y el canon, bien sea para descalificarla, pero mostrándose respetuosos con el/los grupo(s) del(os) que procede esa cultura. Como ha señalado Mignolo:

La apertura del campo de estudios del canon al corpus trajo dos consecuencias ligadas, la una, a la diversidad de prácticas discursivas involucradas en el corpus y, la otra, ligada a la diversidad lingüística de América Latina y a la

movilidad social que produjo zonas fronterizas y productos lingüística y culturalmente híbridos, como es el caso de la literatura “latina” en Estados Unidos. La primera se manifestó en estudios interdisciplinarios, en los que los literaturólogos crearon alianzas con antropólogos, historiadores y socio-lingüistas, fundamentalmente. La segunda se manifestó en un paulatino crecimiento del interés por los estudios comparativos. (Mignolo, 1994-1995: 29)¹⁴

Los estudios literarios latinoamericanos, si son capaces de realizar una lectura abierta e intelectualmente productiva y progresista de las polémicas a las que han tenido que enfrentarse en las tres últimas décadas del siglo XX, no sólo sobrevivirán, sino que lo harán con mayor solidez y fuerza ya que de todas estas luchas pueden extraer inapreciables lecciones sobre la complejidad del hecho literario (en general y latinoamericano en particular) y la importancia que tiene en él la historia (la geografía, la política, el poder, las lenguas...).

¹⁴ Y es que parece que ha pasado el tiempo de posiciones radicales y obceadas. En 2004 la revista *Nuevo Texto Crítico* dedicó un monográfico a estudios literarios y estudios culturales. De las colaboraciones que incluye la publicación se deduce una inminente necesidad de repensar tanto los unos como los otros. La aportación de Alfonso de Toro, que propone una elaborada teoría de la cultura de la hibridez, es significativa al respecto. Para este latinoamericanista afincado en Alemania el fracaso de los estudios culturales en sentido clásico es evidente tras el 11S; en lo relativo a los estudios literarios, se impondría redefinir o reestructurar la ciencia literaria, esto es, crítica literaria académica y estudios literarios, releendo la semiótica, el estructuralismo y el postestructuralismo. La cuestión fundamental, en la línea de cambio de paradigmas de la que hemos hablado, es que o se cambia el concepto de ciencia o estamos abocados a vivir el fin de la ciencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACHUGAR, H. (1978), "Notas para un debate sobre la crítica literaria latinoamericana", *Casa de las Américas*, XIX, nº 110, 3-17.
- BEVERLY, J. (1995), "¿Hay vida más allá de la literatura?", *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias* (Caracas), nº 6, jul.-dic., 23-40.
- (2003), "La persistencia del subalterno", en TRIGO, DEL SARTO y RÍOS (eds.) (2003), 335-342.
- BERVELY, J. y H. ACHUGAR (1992), *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*, Pittsburgh, University of Pittsburgh.
- CHAVES TESSER, C. (1999), "El debate teórico actual", en *Más allá de la pos-modernidad. El discurso antrópico y su praxis en la cultura iberoamericana*, Madrid, Miletto, 7-22. Versión en la web: www.ensayistas.org/critica/teoria/tesser.
- FRANCO, J. (1994-95), "El ocaso de la Vanguardia y el auge de la crítica", en RINCÓN y SCHUMM (1994-1995), 11-22.
- GRUPO LATINOAMERICANO DE ESTUDIOS SUBALTERNOS (1994), "*Manifiesto Inaugural*", en CASTRO GÓMEZ, S. y MENDIETA, E. (coords.), (1998), *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización a debate*, San Francisco/ México, University of San Francisco/ Porrúa, 85-100.
- JOFRÉ, M. A. (1995), *Tentando vías: semiótica, estudios culturales y teoría de la literatura*, Santiago de Chile/ Ecuador, Universidad Católica Blas Cañas/ Universidad Andina Simón Bolívar.
- GARCÍA-CANCLINI, N. (1989), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Méjico, Grijalbo.

- (1991), “Los estudios culturales de los 80 a los 90: perspectivas antropológicas y sociológicas en América Latina”, *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, n° 24, 9-26.
- (1990), “Escenas sin territorio: estética de migraciones e identidades en transición”, *Revista de Crítica Cultural*, 1.
- GIL MOYA, R. (2000), “Teoría y crítica literaria en Hispanoamérica”, *Revista de Ciencias Humanas* (Colombia), n° 22, 8 pp.
- GROSSBERG, L., NELSON, C. y TREICHLER, P. A. (eds.) (1992), *Cultural Studies*, New York, Routledge.
- JAMESON, F. (1996), “Sobre los estudios culturales”, en GONZÁLEZ STEPHAN, B. (comp.), *Cultura y Tercer Mundo. 1. Cambios en el saber académico*, Venezuela, Nueva Sociedad, 167-232.
- MATO, D. (ed.) (2002), *Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder*, Caracas, CLACSO, 2002. Los artículos de este libro están disponibles en www.globalcult.org.ve
- (2003), “Prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder: sobre la entrada en escena de la idea de ‘Estudios Culturales Latinoamericanos’ en un campo de prácticas más amplio, transdisciplinario, crítico y contextualmente referido”, en RÍOS, SARTO y TRIGO (eds.) (2003), 389-400.
- MIGNOLO, W. (1994-1995), “Entre el canon y el corpus. Alternativas para los estudios literarios y culturales en y sobre América Latina”, en RINCÓN y SCHUMM (1994-1995), 23-36.
- (2000), *Historias locales/ diseños globales. Colonialismo, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Madrid, Akal, 2003.
- (2003), “Los estudios culturales: geopolítica del conocimiento y exigencias / necesidades institucionales”, en RÍOS, SARTO y TRIGO (2003), 401-415.
- MORAÑA, M. (ed.) (2000), *Nuevas perspectivas desde /sobre América Latina: El desafío de los estudios culturales*, Pitts-

- burgh, University of Pittsburgh, Instituto Internacional de Crítica Iberoamericana, 2º ed. 2002.
- OSORIO TEJADA, N. (1989), “Situación actual de una nueva conciencia crítico-literaria”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* (Lima), nº 29, 1er semestre, 285-294.
- OSORIO TEJADA, N. y J. R. MEDINA (eds.) (1995-1998), *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*, Venezuela, Biblioteca de Ayacucho y Monte Ávila Editores, 3 vols.
- PULIDO, G. (2003), “Cuando la cultura popular tomó la calle y la academia. Sobre el lugar cambiante de los estudios culturales”, en PULIDO TIRADO, G. (ed.), *Estudios culturales*, Jaén, Universidad de Jaén, 109-135.
- RAMA, Á. (1984), *La ciudad letrada*, Hannover, Eds. Del Norte.
- RICHARD, N. (2000), “Un debate latinoamericano sobre práctica intelectual y discurso crítico”, *Revista Iberoamericana*, LXVI, nº 193, oct-dic, 841-850.
- RINCÓN, C. (1978), *El cambio en la noción de literatura y otros estudios de teoría y crítica latino-americana*, Lima, Instituto Colombiano de Cultura.
- (1994-1995), “Entre las crisis y los cambios: un nuevo escenario”, en RINCÓN y SCHUMM (1994-1995), 5-10.
- RINCÓN, C. y SCHUMM, P. (1994-1995), “Crítica literaria hoy. Entre las crisis y los cambios: un nuevo escenario”, *Nuevo Texto Crítico*, nº 14/15 [monográfico].
- RÍOS, A., SARTO, A. Del y TRIGO, A. (2003), “Los estudios culturales latinoamericanos hacia el siglo XXI”, *Revista Iberoamericana*, LXIX, nº 203, abril-julio [monográfico].
- RODRÍGUEZ, I. (ed.) (2001), *Convergencia de tiempos. Estudios subalternos/ contextos latinoamericanos, estado, cultura, subalternidad*, Amsterdam/ Atlanta, Rodopi.

- (2001), *The Latin American Subaltern Studies Reader*, Durham, Duke University Press.
- ROWE, W. (1994-1995), “La crítica cultural: problemas y perspectivas”, en RINCÓN y SCHUMM (1994-1995), 37-48.
- SARLO, B. (1993), “¿Arcaicos o marginales? Situación de los intelectuales en el fin de siglo”, *Punto de vista*, n° 47, diciembre, 1-5.
- (1997), “Los estudios culturales y la crítica literaria en la actual encrucijada valorativa”, *Revista de Crítica Cultural*, n° 15, 32-38. Versión en la Web: www.neac.com/LaIslaEnPeso/num07/mirada.htm
- SOSNOWSKI, S. (1987), “Sobre la crítica de la literatura hispanoamericana: balance y perspectivas”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 447, 143-159.
- TORO, A. de, “Hacia una teoría de la cultura de la ‘hibridez’ como sistema científico transrelacional, ‘transversal’, y transmedial”, *Nuevo Texto Crítico*, n° 25-26, 275-329.
- VALENZUELA ARCE, J.M. (2003), *Los estudios culturales en México*, México, F.C.E., Consejo para la Cultura y las Artes.
- VIDAL, H. (1993), *Hermenéuticas de lo popular*, Minneapolis, Institute for the Study of Ideologies and Literature.